

Sacristán, comunicador de saberes

FRANCISCO SIERRA CABALLERO

Catedrático de Teoría de la Comunicación de la Universidad de Sevilla y director de la Sección de Comunicación y Cultura de la Fundación de Investigaciones Marxistas. www.franciscosierracaballero.net

RESUMEN: Este artículo analiza la dimensión comunicativa en la obra de Manuel Sacristán desde la perspectiva de la mediación social, destacando su rol como intelectual orgánico que articuló teoría y praxis política mediante estrategias de divulgación cultural. Sacristán, pese a su distanciamiento crítico de los *mass media*, desarrolló una labor editorial y periodística fundamental en revistas como *mientras tanto* y colecciones como Ariel Quincenal, entendidas como «centros de anudamiento» para tejer redes contrahegemónicas al modo gramsciano. El texto revela cómo su trabajo traductor, editor y educador popular —ejemplificado en su introducción del pensamiento de Gramsci en España— constituyó una forma de acción política destinada a democratizar saberes y fomentar una pedagogía democrática transformadora. Frente a visiones fragmentarias, el autor subraya la coherencia entre su magisterio socrático en espacios como Can Serra, su escritura llana y austera y su compromiso con la formación militante, sintetizando así las máximas orteguianas de regeneración cultural con la filosofía de la praxis marxista. Se concluye que Sacristán anticipó críticamente los desafíos del capitalismo cognitivo al fusionar rigor científico, mediación dialéctica y ética de lo colectivo, legando un modelo de intelectual público comprometido con la emancipación a través de la comunicación dialógica.





Pensar a Manuel Sacristán es abordar a un pensador poliédrico, tentacular, como lo definen Jacobo Muñoz y Francisco José Martín, un hacedor polifónico de pensamiento para la praxis cuya criticidad y capacidad reflexiva debe mucho a la función intelectual abierta y dialógica, pública, o, diríamos más, publicística, no mediática, ni propia de escritas, polímatas, sofistas o gacetilleros a sueldo, sino, en un sentido dialéctico, de articulador y mediador entre lo justo y lo verdadero, entre la teoría y la acción política. Podríamos hablar de una trayectoria que hace suya la política gramsciana de acción capilar, de redes que dan libertad a partir de la información y el conocimiento, de la libertad de expresión y la acción política. En este sentido, cabe leer su contribución al pensamiento desde la teoría de la mediación social. En las siguientes páginas, se apuntan, de modo exploratorio, algunos apuntes sobre la dimensión comunicacional de la vida y obra del filósofo a partir de la hipótesis, ampliamente compartida en las intervenciones de la celebración de su centenario, por la mayoría de estudiosos. A saber, la figura de Manuel Sacristán trasciende el rol tradicional de intelectual y, paradójicamente, aunque es conocida su voluntad personal de evitar la proyección pública en los espacios propios de la industria cultural, su obra tiene una firme y clara vocación divulgadora, una evidente función político-cultural de intervención en el debate público, por lo que las tareas de difusión como lector, traductor, filósofo y actor político puede decirse que dan sentido a la trayectoria y aportación del autor al contexto político e intelectual de nuestro país, así reconocido por discípulos y lectores de su contribución capital.

En el presente artículo, esbozamos algunas ideas para escudriñar esta dimensión determinante del capital cognitivo y el trabajo intelectual de MSL rompiendo con ciertas visiones escleróticas ancladas en la división del trabajo que desvinculan la obra del magisterio crítico, la crítica de la razón de la intervención política, o el pensamiento del autor de la función mediadora y divulgativa que desplegó de forma continua a lo largo de su trabajo académico y militante. En las siguientes páginas apenas esbozamos, a modo de mapa nocturno de exploración, algunas ideas básicas con las que leer e interpretar el sentido y trascendencia del legado del maestro Sacristán en clave comunicológica.

Informar y formar

Sacristán destacó por hacer suya la máxima del magisterio como virtud republicana, en un sentido amplio, como una tarea incansable, persistente, de obtención, elaboración y transmisión del conocimiento, como información objetiva del mundo. Comunicador de saberes proyectando el poder ser, la filosofía de la sospecha, la disconformidad y criticismo propio de la Ilustración, MSL

representa la escuela orteguiana de exigencia de ser y pensar mejor dando sentido y razón al mundo y sociedad que habitamos. Conocer para transformar y transformar para pensar la vida y cambiar la historia distinguen su concepción del trabajo intelectual, en la estela marxiana, dando especial relevancia a los escritos de intervención y a la función informativa de su desempeño.

En este papel de articulador de nudos de encadenamiento, o en términos gramscianos, como hacedor de centros de anudamiento, cabe reconocer varias funciones. Una vital para entender su obra es la de comentarista de la coyuntura o acontecimientos político-sociales de su tiempo. Sacristán manifiesta un vivo interés por el acontecer diario y la actualidad. La doble vertiente de su compromiso intelectual le lleva a estar atento a los debates políticos contemporáneos más importantes tanto como al estudio y reflexión de hondo calado. Solo así pueden entenderse los documentos de intervención y crítica formulados desde su juventud. En palabras de María Dolores Albiac, Manolo tenía avidez por conocer e interpretar el mundo en que vivía, «todos los extremos de la polis, los animados y los inanimados, desde la arquitectura, que hace el urbanismo de las ciudades humanas o inhumanas, a la literatura coetánea le importaban. Estaba al tanto de lo que se escribía y preguntaba sin cesar (López Arnal y Vázquez, 2007: 144).

Como advierte Albert Domingo, la necesidad de contacto y de influencia en la realidad sociocultural del momento «fue la causa de que escribiera asiduamente, desde muy joven, en determinadas revistas e incluso llegara a fundar y a formar parte de las redacciones de algunas de ellas: *Laye, Realidad, Nous Horizons, Materiales, mientras tanto*» (Sacristán, 1998: 11). Si bien es cierto que Sacristán mantenía una desconfianza y una debida distancia de la prensa y los *mass media*, su trabajo se desarrollará como editor, traductor, introductor y director de revistas y colecciones editoriales durante gran parte de su vida. Su compromiso práctico cotidiano es, parangonando la situación vivida, similar al de Gramsci y el propio Marx. Ambos abominaban del periodismo de su tiempo, pero ejercieron tal labor e incluso vivieron de la labor informativa. Haciendo de la necesidad virtud, podríamos afirmar que no es comprensible la obra de ninguno de los tres autores sin su contacto con la labor más inmediata de difusión que incluso influye en el estilo de escritura polémico, propagandístico, agitador, o como reconoce Sacristán en la forma condensada, concisa, de una escritura de urgencia, actual y de intervención. Aunque crítico con esta forma, de la prosa libre y suelta al breve ensayo reconcentrado, de Cervantes a Quevedo y de este al aforismo, para Sacristán este es un problema que puede ser interpretado en otros términos. Permítaseme hacer una digresión con respecto a Gramsci, referente intelectual y moral para Sacristán.

Es sabido que el filósofo sardo fue un destacado dirigente y fundador de *L'Ordine Nuovo*, y que junto a la intensa actividad política llevada a cabo por él como dirigente fue un periodista regular dedicado a escribir artículos diarios





de intervención en la prensa partidaria. Gramsci no es solo, como dejara escrito Sacristán, un pensador clásico. Es el teórico de la anatomía de la sociedad civil. Y por lo mismo pudo comprender la realidad sociocultural de su tiempo en contacto con la actualidad propia de la dialéctica informativa. En otras palabras, la actividad periodística hizo factible madurar su teoría de la hegemonía y la estrategia de amplias alianzas en el pensar y hacer posible el bloque histórico. La filosofía de la praxis no solo es una interpelación a la acción, sino más bien una propuesta para pensar la política y la moral, las costumbres y vida cotidiana en todo su espesor conceptual para intervenir conociendo en detalle los desniveles y capas culturales de la sociedad civil en su devenir y movimiento histórico. De *Avanti* a *L'Ordine Nuovo*, de la militancia sardista a la dirigencia del Partido Comunista Italiano, Gramsci siguió, como Marx, no el camino cómodo de las prebendas y éxitos de la academia, sino la opción revolucionaria como editor y organizador, como intelectual orgánico del movimiento obrero comunista. Y para ello asumió la fundación el 1 de enero de 1921 de un diario siguiendo el lema de Lasalle «decir la verdad es revolucionario». Ello le ayudó a desplegar una visión panorámica del mundo, una cualidad necesaria para conocer y hacer. Por principio, el periodismo ayuda a todo sujeto a abrir la mente a otras latitudes, culturas, opiniones y demandas de la sociedad, a abandonar el provincianismo y todo dogma para contaminarse e hibridar otros códigos culturales y patrones axiológicos de referencia. La cultura analítica, la posición de observador de la coyuntura tiene mucho que ver con el oficio de periodista, atento al detalle, escrutando lo concreto, el acontecimiento relevante en la epidermis social. Como en Marx, el estilo de las notas de los Cuadernos debe mucho a la forma masiva, lacónica, polémica, del periodismo político de su época. Entre la crónica parlamentaria y la crítica cultural, el filósofo sardo depura una escritura o forma literaria entre el ensayo y la nota informativa que resultará efectiva, en especial cuando recurre a la ironía o la sentencia lapidaria. En otras palabras, no hay filosofía de la praxis sin escritura periodística. Tal mediación cognitiva no es tangencial, sino un rasgo constitutivo de su pluma y estructura de pensamiento. Y evidentemente forma parte de una práctica teórica distintiva del marxismo.

Esta experiencia está presente también en MSL cuando formula su informe sobre los intelectuales en el PCE y propone una forma seminario de organización regular del Partido para organizar el trabajo ideológico-cultural y científico y la prensa del Partido, adecuada al trabajo político como baluarte activo en la vida cultural española. Habla explícitamente de *Nuestras Ideas* y *Horizons*. Como advierte Miguel Manzanera, «la labor de Manuel Sacristán como intelectual orgánico del movimiento obrero, militante del PCE, y del PSUC, fue mucho más amplia que lo que ha sido recogido documentalmente [...]. Como señala Juan Ramón Capella, “Manuel Sacristán escribió también numerosas notas breves para la prensa clandestina de los años cincuenta y

sesenta en Cataluña. Investigar en detalle esa organicidad es algo que todavía queda por realizarse» (Manzanera, 1985: 87). Y que apenas ha sido tratado en clásicos de nuestra tradición como el propio Marx.

Como advierte Gramsci, Marx no podía tener experiencias históricas superiores a las de Hegel pero tenía el sentido o pulsión de la cultura plebeya de las masas. Aunque su concepto de organización es limitado según el espíritu jacobino de conspiración y agitación, su experiencia y participación como editor en empresas periodísticas dio otro cariz a su obra. La experiencia directa de la lucha de clases como responsable editor y periodista llevó a Marx a comprender en su profundidad la historia en movimiento. El discurrir de la actualidad, la dialéctica informativa, permite al autor estar en contacto con la calle y la realidad que vive, haciendo posible la mediación entre realidad y deseo, entre la realidad y el porvenir. Desde luego la urgencia periodística no fundamenta un pensamiento inmanentista, pero no es posible el materialismo histórico, su formulación y desarrollo sin la mediación informativa, sin la experiencia en redacciones que tuvieron tanto Marx como Lenin, y desde luego Gramsci, que Sacristán sigue, en su caso, fundando revistas y desarrollando una activa labor de editor, traductor y, como es lógico, también como educador. Más allá de su valiosa labor como introductor y traductor de obras imprescindibles para la izquierda española, empezando por la divulgación de los *Cuadernos* de Gramsci, la labor de MSL en la industria editorial fue destacada. No solo colocaba productos intelectuales de primer orden en el ambiente intelectual, como afirma Gonzalo Pontón. También tuvo una labor primordial como consejero editorial de Ariel, dirigiendo la Colección Zetein, publicando a Adorno y otros clásicos de la tradición marxista.

Siguiendo el ideario gramsciano, hacia 1965 propuso la colección de libros de ensayo a bajo precio Ariel Quincenal para recuperar tradiciones como la de Cenit, que tuvo lugar en la República para divulgar entre la población el conocimiento científico más avanzado. Sacristán mantuvo un vivo compromiso, en este sentido, por la lúcida estrategia de difusión del conocimiento, de publicar y compartir, aun en forma de prólogo, sus ideas, con rigor, consistencia en el discurso y fina argumentación y análisis.

Desde joven forma parte de la redacción de revistas como *Qvadrante* y *Laye*, y participa de forma destacada en el proyecto fallido de la Enciclopedia Política Argos.

La filosofía de la práctica se materializa así en acción cultural, en intervención social. Análisis de lo concreto y particular, atención a lo actual, síntesis interpretativa del decurso histórico de lo contemporáneo, construyendo, parafraseando a Thompson, costumbres en común en la vida política y moral de su tiempo. Sacristán, como Gramsci, pensó *mientras tanto* y las publicaciones de las que fue editor y colaborador activo como una suerte de centro hegemónico y cultural, síntesis ideal de pensamiento y acción desde





la pluralidad de voces y fuerzas vivas. En este contexto, cabe introducir el debate y reflexión sobre el problema de los intelectuales sobre el que como responsable político Sacristán, cual trasunto de Gramsci, tuvo que pensar. Y no solo por la habitual labor de propaganda obrera, que Sacristán cuestionará por lo limitado de la visión predominante en el PCE-PSUC, pensando en la pobreza cultural y política del país. Más allá de la tentación de vanguardia inoperante, su propuesta es claramente dialógica, procurando la escucha activa de las masas y militantes. Incluso cuando habla o piensa sobre la formación en filosofía, señala que no hay que citar tanto a los clásicos, sino leerlos, y de paso sosegar, atemperar el juicio político. En la mejor tradición del enciclopedismo y la cultura ilustrada, la voluntad didáctica de MSL es indiscutible desde los años cincuenta, cuando elabora el documento «Para leer el *Manifiesto comunista*» y piensa en un plan de estudios de introducción al marxismo para la formación de cuadros y militantes. Conferencias, escritos, traducciones, análisis, prólogos e intervenciones, panfletos y manifiestos, la ardua y extensa tarea de MSL es de tal envergadura y trascendencia que obviar esta dimensión formativa, divulgativa y comunicacional es cuando menos sorprendente. Pues, en su concepción del trabajo intelectual, este es inseparable de la labor política, sea en el PCE, en el PSUC, en CC. OO. o en el movimiento por la paz y ecosocialista. Podría afirmarse que, en la línea de la experiencia de Thompson o Raymond Williams, Sacristán concibe el pensamiento como acción social siguiendo el modelo de referencia de la función de intelectual orgánico, en el sentido de Gramsci, como alguien comprometido con la organización, la pedagogía y formación militante (Pala, 2007).

Quo magis speculativa, magis practica

Una hipótesis que explica la poca atención a esta dimensión comunicacional es la propia crítica de MSL del intelectual tradicional, de la fama, el narcisismo y la vanidad, el afán transcendental de los anaqueles de la historia, tan en boga durante la Transición. Al tiempo que dio una importancia vital al frente cultural, negó esta dimensión mediacional, como antes lo hiciera Marx, no así Gramsci, interesado incluso en el análisis filológico e histórico cultural de la literatura de folletín y las formas de consumo de la prensa popular. Ahora, la crítica de los letratenientes y pensadores a sueldo, no debe hacernos perder de vista la importancia crucial en su obra de la labor ideológica y difusora que Sacristán tuvo a bien desplegar, vitalizando la vida cultural en común, retomando las lecciones de Gramsci, pero también de Ortega, respecto al modelo narrativo y la función regeneracionista o educadora del trabajo intelectual. Anticipando las tesis de Fredric Jameson, MSL contribuyó con su obra y ejemplo a identificar la función primordial de la formación, de la pedagogía democrática

y de la didáctica transformadora como el principal vector de intervención de la filosofía de la praxis.

Aunque la mediación es una categoría dialéctica, es poco común abordar el pensamiento desde esta matriz constitutiva de toda teoría y ciencia, aun desde la tradición del pensamiento crítico o relacional, que conecta órdenes o esferas de la vida humana por principio y necesidad. En palabras de Sacristán, «no hay duda de que entre el conocimiento y el programa, entre la teoría y la formulación de la práctica, hay una relación dialéctica integradora que exige una mediación no menos dialéctica [...]. La mediación tiene que ser producida entre una clara consciencia de la realidad tal como esta se presenta a la luz del conocimiento positivo de cada época, una consciencia clara del juicio valorativo que nos merece esa realidad, y una consciencia clara de las finalidades entrelazadas con esa valoración» (Sacristán, s/f: 101). Sabemos que el desorden del acontecer diario, el caos aparentemente inaprensible, es una mediación social fundamental para todo sujeto político bien informado. «Sin dicha mediación, el mundo que se abre bajo la égida del capitalismo no tiene sentido» (Muñoz y Martínez, 2017: 128). Todo acto y sujeto de conocimiento están mediatizados y las mediaciones mutan, cambian, se transforman. Por ello conviene tomarla en cuenta. La praxeología trabaja para capturar la verdad, para prender el mundo y apropiarse del proceso de transformación histórica. Problematizar la mediación entre imagen y representación de la actualidad y conocimiento, articulado con las prácticas de liberación y lucha por la emancipación social, no solo trasciende la deriva pragmatista, de moda en su tiempo, sino cierta escolástica de la disyunción entre teoría y práctica que hoy domina la división del trabajo intelectual en la era del capitalismo cognitivo.

MSL era consciente de esta problemática, pero hubo de sufrir la ausencia en España de una estructura o ecosistema cultural que animara la generación de ideas, incluso en la Universidad. Quizás por ello puso tanto empeño en la labor de editor de revistas. Ahora, la aparente soledad o marginación de MSL es en realidad equívoca. Nada puede ser calificado de excéntrico salvo en el sentido de militar en los márgenes del sistema como insobornable pensador de las causas justas. Bien es cierto que él no respondía al papel de intelectual mediático antecedente de los tertulianos de la banalidad a la que hoy asistimos por doquier. Pero su vida y su obra se construyó en una densa red pública de reconocimiento, canales de comunicación e intermediaciones ricas y complejas con el mandato de lo popular (Capella, 2005).

En esta línea, el compromiso de divulgador cultural es evidente. Más allá de la tentación o deriva escolástica, Sacristán es un difusor de ideas, un traductor y educador popular a tiempo parcial. En sus reflexiones sobre Gramsci, editadas póstumamente en *El orden y el tiempo*, formula una reflexión sobre el pensamiento y la acción del filósofo sardo que adquieren especial valor a la luz de la temática que aquí presentamos. Además de la crítica de la exaltación



teórica y política, apunta a la necesidad de evitar el falseamiento instrumental de los conceptos, todo esquematismo o simplificación superficial sobre los objetivos intermedios y la coyuntura de actualidad. Esforzarse por comprender el espesor material e ideológico de todo acontecimiento es la práctica de atemperar ante las cesuras de la novedad o la disrupción de la actualidad periodística. La capacidad de orientación práctica de Gramsci, como antes Marx, viene dada por una visión integral de los fenómenos históricos pulsados en el análisis y crónica de la actualidad, en la tarea de desbroce y análisis del discurso informativo frente a la tradicional inercia reformista o izquierdista. Aquí, el intervalo informativo es vital. Citando a Juan Ramón Jiménez, toda la vida no es más que mientras tanto. Podríamos hablar de un estilo de pensamiento, de toda una concepción del trabajo intelectual, incluso de escritura y transmisión en el que es posible reconocer un nexo político no solo con Gramsci, más que evidente, sino con Marx, destacado polemista y agitador, periodista, en fin, antes o a la par que filósofo.

El pensamiento gramsciano se caracteriza por abordar críticamente la cultura popular, reconociendo la ambigüedad y el carácter híbrido de la cultura y el sentido común como propios del proceso de mediación social. Esta perspectiva ha sido, sin embargo, calificada por algunos autores como populista, especialmente desde la tradición ortodoxa, al entender que simplifica en exceso el problema de la acción social y el conocimiento, en virtud de un relativo dualismo estructura-superestructura. Y lo hace asumiendo que es preciso una organización permanente para dar continuidad al pensamiento y la acción, gracias por ejemplo a la función del periódico a la que tanta importancia asignó el filósofo sardo. Cobra aquí sentido la importancia de los instrumentos, en particular de revistas como *mientras tanto*, en la concepción político-cultural de Sacristán. En tanto que dispositivo o centro de anudamiento, la concepción de proyectos editoriales como este adquiere una centralidad estratégica, más allá de la hipótesis Iskra. Pues conecta el trabajo teórico con la intervención social, como supo comprender su propia actividad en importantes sellos editoriales de nuestro país.

Así, la traducción, en Sacristán, no es solo un medio de subsistencia, sino también una actividad intelectual de amplia influencia en los circuitos académicos y universitarios. De algún modo el trabajo en el sector editorial le conecta con la función intelectual de divulgación e intervención en los debates más importantes en el país. La concepción de revistas como *mientras tanto* como centro de anudamiento consiste precisamente en tejer, concretar, articular, unir, la compleja diversidad de actores del sistema de relaciones personales y colectivas en un proyecto transformador en común, un objetivo sobre el que nuestro autor trabajó incansablemente en la lógica que hoy se denomina *paper in progress*, comunicándose con compañeros, camaradas, dialogando en escuelas del partido, comentando los escritos perfilados, borradores de textos



de intervención, a partir de una escucha activa en función de la clara y directa voluntad praxeológica de la función intelectual.

La huella y alcance de la obra de Sacristán tiene mucho que ver justamente con una suerte de magisterio socrático. Más allá de Ortega, su labor rigurosa sobre textos centrales del marxismo, así como su trabajo a pie de calle, dan ejemplo de la virtuosa labor de cultivo de la frónesis. Hablamos, por ejemplo, de la labor en Can Serra, la escuela de adultos de Hospitalet. Esto es, la función difusora o mediadora dista de ser mera función de agitación y propaganda. Sacristán era consciente de vivir en una cultura de masas, hipermediatizada, una cultura del atiborramiento y del empacho, de sobreestimulación de ruido, entretenimiento, mercancías, información y señales por doquier. La cuestión es como hacer política como ética de lo colectivo en este contexto. Y retoma como necesidad pensar la equiparación de verdad y cismundaneidad propia del marxismo y su inmanentismo radical o integral. Pues los escritos de ocasión, contrariamente a lo pensado por Sacristán, no son de saldo y liquidación. Con el tiempo, el propio autor reconocería que había aprendido a prescindir sin complejos de los usos y rudimentos académicos, como la cita, cultivando con esmero un estilo cuidadoso del lenguaje en línea con el filósofo sardo, que anticipó incluso, en sus aproximaciones filológicas, muchos de los debates del llamado giro lingüístico al pensar la relación entre lenguaje y cultura.

La dilatada experiencia de educación popular probablemente le llevó del rigor intelectual y la coherencia ética y política a una radicalidad del diálogo de saberes aprendiendo a ras de suelo. «De acuerdo con la falacia culturalista, existiría, en palabras de Sacristán, una divisoria entre la verdadera sabiduría y el conocimiento científico-técnico, quedando la mera ciencia del lado áspero de la ecuación epistémica: solo la conjunción de ciencia y cultura, esto es, una formación integral, puede perfeccionar al hombre a la manera del progresismo de raigambre baconiana» (Muñoz y Martínez, 2017: 125). Hablamos, en la estela de Simone Weil, de la fusión productiva de lo ideológico y lo vivencial, de la categoría central en Williams de la experiencia, de dar un tiempo y un espacio al sentido común mediatizado, de liberar de la neblina abstracta el pensamiento para la acción. Del personalismo de Ortega y la concepción vitalista del vivir y convivir con otros al MSL dirigente comunista hay un hilo de continuidad que conecta el conocimiento con la gente común. Está presente en la ruptura del discurso académico, en las aventuras literarias, en la apertura de espacios plurales de reflexión de las revistas, en la ascesis de una escritura llana, simple, austera, sin florituras estilísticas, no por subestimar el trabajo intelectual, sino por vincular toda tarea científica o intelectual al trabajo cotidiano, pero no solo como agitación y propaganda, cuestión que criticará con contundencia en su informe a la dirección a propósito del trabajo de los intelectuales del partido. El dolor de la realidad, en palabras de Lukács, no puede ser silenciado por una nostalgia interna de lo inalcanzable, situando el camino de uno



en una existencia elevada. Cambiar la historia exige un trabajo de mediaciones productivas y de comunicación dialógica, incluso en términos de diálogo de saberes, para, como Gramsci nos enseñó, hacer inteligible lo real concreto y sentar las bases de un liderazgo moral e intelectual liberador para las masas. Este es el nodo en común que Sacristán siguió en vida, en lógica coherencia con su autor de cabecera, enseñándonos la virtud republicana del decir y hacer en común desde la política del acontecimiento informativo. ★

Referencias

- CAPELLA, J. R. (2005). *La práctica de Manuel Sacristán: una biografía política*. Madrid: Editorial Trotta.
- LÓPEZ ARNAL, Salvador y VÁZQUEZ, Iñaki (eds.) (2007). *El legado de un maestro. Homenaje a Manuel Sacristán*. Madrid: FIM.
- MANZANERA, Miguel (1995): «Relación de los textos de Manuel Sacristán en los archivos documentales», *mientras tanto*, 63 (Homenaje a Manuel Sacristán en el 10.º aniversario de su muerte). Barcelona.
- MUÑOZ, Jacobo y MARTÍNEZ, Francisco José (eds.) (2017). *Manuel Sacristán: razón y emancipación*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- PALA, Giaime (2007). «El intelectual y el partido: notas sobre la trayectoria política de Manuel Sacristán en el PSUC», en Salvador López Arnal e Iñaki Vázquez (eds.).
- SACRISTÁN, Manuel (1998). *El orden y el tiempo*. Madrid: Editorial Trotta.
- SACRISTÁN, Manuel (s/f). *M.A.R.X. Máximas, aforismos y reflexiones con algunas variables libres*. Barcelona: El Viejo Topo.
- SIERRA, Francisco (2020). *Marxismo y comunicación*. Madrid: Ediciones Siglo XXI.

